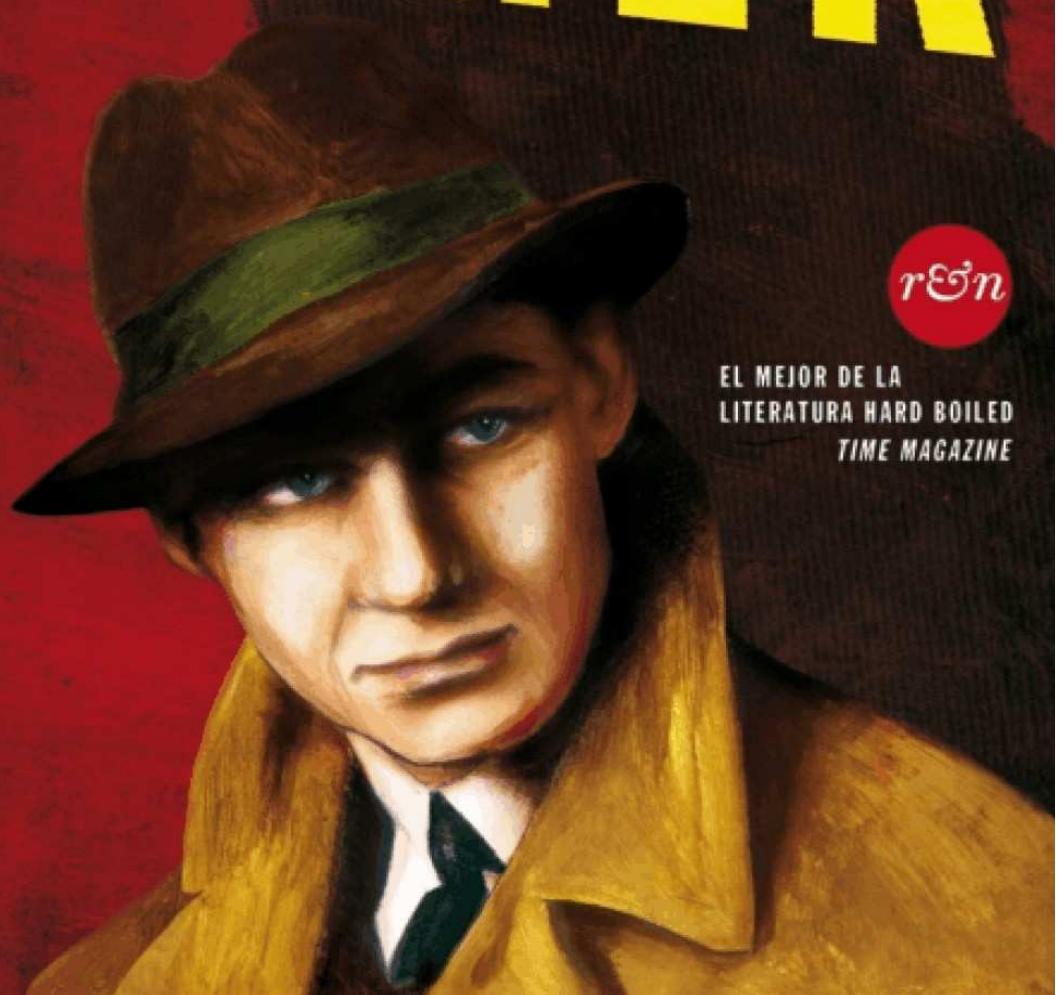


Ross MACDONALD
EL EXPEDIENTE
ARCHER



r&n

EL MEJOR DE LA
LITERATURA HARD BOILED
TIME MAGAZINE

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Título original: *The Archer Files*

Primera edición: enero de 2010

© 2007, The Margaret Millar Charitable Remainder Unitrust
u/a 4/12/82

© 2007, Tom Nolan, por la introducción

© 2010, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2010, Ignacio Gómez Calvo, por la traducción

© 2010, Rodrigo Fresán, por el prólogo

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-397-2220-5

Depósito legal: B-44.294-2009

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.
Impreso y encuadrado en Liberdúplex
Ctra. BV2241, km 7,4 - 08791 Sant Llorenç d'Hortons

GM 22205

EN BUSCA DE LA MUJER

Estaba sentado en mi nuevo despacho con el olor a pintura metido en las fosas nasales esperando a que pasara algo. Hacía un día que había vuelto al bulevar. Era el comienzo del segundo día. Debajo de la ventana, pasando a toda velocidad al sol matutino, el tráfico corría y emitía un fragor de batalla. Me ponía nervioso. Hacía que tuviera ganas de moverme. Estaba vestido con ropa de paisano y no tenía adónde ir ni con quién.

Hasta que entró Millicent Dreen.

La había visto antes, en el Strip, con varios acompañantes, y sabía quién era: la directora de publicidad de Tele-Pictures. La señora Dreen tenía más de cuarenta años y los aparentaba, pero poseía una electricidad cuya fuente secreta el tiempo no lograba consumir. Mira qué erguido y firme llevó el cuerpo, decían sus movimientos. Tengo el pelo teñido pero bonito, decía su peinado, incitando a la suspensión de la incredulidad más que a la convicción. Sus ojos eran verdes y cambiantes como el mar. Decían que todo le importaba un bledo.

Se sentó junto a mi escritorio y me dijo que su hija había desaparecido el día anterior, 7 de septiembre.

—Estuve en Hollywood todo el día. Tenemos un piso allí, y debía acabar rápido un trabajo. Una no trabaja, así que la dejé sola en la casa de la playa.

—¿Dónde está la casa?

—Unos kilómetros más allá de Santa Bárbara.

—Es un viaje largo.

—Me compensa. Cuando puedo pasar un fin de semana lejos de esta ciudad, me gusta estar muy lejos.

—A lo mejor su hija piensa lo mismo, pero en mayor grado. ¿Cuándo se marchó?

—Ayer, no sé cuándo exactamente. Cuando volví a la casa de la playa ya no estaba.

—¿Llamó a la policía?

—Ni hablar. Tiene veintidós años y sabe lo que hace. Espero. De todas formas, nunca ha estado pegada a mis faldas. —Sonrió como un gato y movió sus dedos de uñas color escarlata en su estrecho regazo—. Era muy tarde y estaba... cansada. Me fui a la cama. Pero esta mañana, cuando me he despertado, se me ha pasado por la cabeza que puede haberse ahogado. Me opuse porque no es muy buena nadadora, pero se fue a nadar sola. Cuando me despierto por la mañana se me ocurren las cosas más horribles.

—¿Se fue, señora Dreen?

—Se me ha escapado, ¿no? Ya le he dicho que cuando me despierto por la mañana se me ocurren cosas horribles.

—Si se ha ahogado debería llamar a la policía. Ellos se encargarán del dragado y esas cosas. Lo único que yo puedo darle es el pésame.

Como si calibrara el valor de ese ofrecimiento, sus ojos se desplazaron rápidamente de mis hombros a mi cintura y nuevamente a mi cara.

—Francamente, no sé nada de la policía. Pero sí sé cosas de usted, señor Archer. Acaba de dejar el ejército, ¿verdad?

—La semana pasada. —Se me olvidó añadir que ella era mi primer cliente después de la guerra.

—Y tengo entendido que es independiente. Nunca se ha dejado comprar. ¿Es eso cierto?

—No del todo. Pero puede comprar una opción por un trozo de mi persona. Con cien dólares bastará para empezar.

Ella asintió energicamente. Sacó cinco billetes de veinte de un bolso negro brillante y me los dio.

—Naturalmente, soy consciente de la publicidad que se puede dar al caso. Mi hija se retiró hace un año cuando se casó.

—Los veintiuno es una buena edad para retirarse.

—Del cine, tal vez. Pero puede que ella quiera volver si su matrimonio se rompe. Y tengo que cuidar de mí misma. Eso de que no hay publicidad mala no es cierto. No sé por qué se ha marchado Una.

—¿Una Sand es su hija?

—Por supuesto. Me imaginaba que ya lo sabía.

Mi ignorancia respecto a los detalles de su vida pareció causarle dolor. No hacía falta que me dijera que le importaba la publicidad.

Aunque Una Sand no me decía lo más mínimo, me acordaba del nombre y de una rubia inexpresiva que había estado un año o dos en el candelero, aunque era mejor chica de revista que actriz.

—¿Su matrimonio no fue feliz? Quiero decir, ¿no lo es?

—¿Ve lo fácil que es hablar en pasado? —La señora Dreen esbozó otra sonrisa feroz y ronroneante, y sus dedos se movieron alegramente ante su cuerpo inmóvil—. Supongo que su matrimonio no es lo bastante feliz. Su alférez es un joven muy bien parecido... atractivo a nivel masculino, apasionado según ella y bastante inocente.

—¿Inocente para qué?

—Para casarse con Una. Jack Rossiter era todo un partido en esta ciudad de mujeres. Fue subcampeón de Forest Hills en su último año de tenista. Y ahora, por supuesto, es aviador. A Una le iba muy bien sola, aunque su matrimonio no dure.

—¿Qué espera de un matrimonio en época de guerra?, parecía que estuviera diciendo. —Permanencia? —Fidelidad? —Todo?

—De hecho —continuó—, he acudido a usted pensando en Jack más que en ninguna otra cosa. Va a volver esta semana y, naturalmente —como muchas personas afectadas, usaba demasiado ese adverbio—, creerá que ella lo estará esperando. Me resultará bastante violento si cuando vuelva a casa no puedo decirle adónde ha ido, por qué o con quién. Debería haber dejado una nota.

—Creo que me he perdido —dijo—. Hace un minuto Una estaba en las garras de la cruel espuma del mar. Y ahora se ha marchado con un extraño romántico.

—Considero las posibilidades, nada más. Cuando yo tenía la edad de Una y me casé con Dreen, me costó mucho sentar cabeza. Todavía me cuesta.

Nuestras miradas —la mía tan imperturbable como la suya, espero— coincidieron, pero no saltaron chispas y se desviaron. La viuda negra que se come al macho no me atrae.

—Estoy empezando a conocerla a usted —dijo con la sonrisa de rigor—, pero no a la chica que ha desaparecido. ¿Con quién ha estado viéndose?

—No creo que haga falta que tratemos eso. De todas formas, ella no confía en mí.

—Como quiera. ¿Echamos un vistazo en la escena del crimen?

—No hay ningún crimen.

—La escena del accidente, entonces, o de la partida. A lo mejor la casa de la playa nos dé una pista.

Ella consultó el finísimo reloj que llevaba en su bronceada muñeca. Sus diamantes desprendían un fulgor frío.

—¿Tengo que volver a conducir hasta allí?

—Si tiene tiempo, podría ser de ayuda. Cogeremos mi coche.

Se levantó con decisión pero con elegancia, como si hubiera ensayado el movimiento delante de un espejo. Una zorra experta, pensé mientras seguía sus hombros altos y finos y sus ceñidas caderas por la escalera hasta la calle radiante. Me daba un poco de lástima la multitud de hombres que se habían calentado, o quemado, con aquella electricidad secreta. Y me pregunté si su hija Una era como ella.

Cuando llegué a ver a Una la corriente eléctrica se había cortado; me enteré únicamente por las marcas que dejó, pues dejó marcas.

Avanzamos por Sunset Boulevard y nos dirigimos al norte por la ruta 101 alternativa. Durante todo el viaje hasta Santa Bárbara se dedicó a leer un texto escrito a máquina en cuyo sobre de papel manila ponía: «Este guión no es definitivo y únicamente se le ofrece a título informativo». Pensé que aquella advertencia se podía aplicar a la historia de la señora Dreen.

Cuando salimos del perímetro urbano de Santa Bárbara, lanzó el guión al asiento trasero por encima del hombro.

—Lo huelo. Va a ser un bombazo.

A pocos kilómetros al norte de la ciudad había un camino de tierra que salía hacia la izquierda, junto a una gasolinera. El camino serpenteaba a lo largo de un kilómetro y medio o más por un terreno accidentado hasta la playa privada de la señora Dreen. La casa de la playa estaba muy apartada del mar y de la concentración de riscos marrones que se amontonaban por encima de él como hombros llenos de cicatrices. Para llegar hasta ella tuvimos que avanzar unos cuatrocientos metros a lo largo de la playa y dar un rodeo al risco del sur por la orilla del mar.

El resplandor blanquiazul del sol, la arena y las olas era como un horno de arco. Pero cuando salimos del coche noté la brisa del mar. Unas pocas nubes lánguidas avanzaban tierra adentro sobre nuestras cabezas. Un pequeño avión brincaba entre ellas como un terrier en un campo de heno.

—Tiene intimidad —dijo a la señora Dreen.

Ella se estiró y se tocó el pelo, teñido, con los dedos.

—Me cango del papel de pez de colores. Cuando me tumbo ahí fuera por las tardes me... olvido de cómo me llamo. —Señaló el centro de una cala situada más allá de las olas grandes, donde una balsa blanca se mecía suavemente—. Simplemente me quito la ropa y vuelvo a ser citoplasma. Toda la ropa.

Alcé la vista hacia el avión cuyo piloto estaba haciendo garabatos en el cielo. Descendía, daba vueltas como una hoja que cae tempranamente, bajaba en picado como un águila y subía como una aspiración.

—Si bajan demasiado me tapo la cara, por supuesto —dijo ella riéndose.

Nos habíamos ido alejando de la casa en dirección al agua. Nada habría parecido más inocente que la tranquila cala situada en la curva de la playa blanca como un benigno ojo azul en una ceja tranquila. De repente sus colores cambiaron cuando una nube pasó por delante del sol. Un verde cruel y un morado violento se mezclaron

con el azul. Sentí un terror y una fascinación primitivos. La señora Dreen experimentó la misma sensación y lo expresó con palabras.

—Tiene una atmósfera rara. A veces lo odio tanto como lo quiero. —Por un instante pareció mayor e insegura—. Espero que ella no esté allí dentro.

La marea había repuntado y estaba creciendo, desde Hawái y más allá, desde las islas rotas donde cuerpos yacían insepultos en las cuevas quemadas. Las olas se acercaban a nosotros, tanteando y rozando la playa como una boca suave e inmensa.

—¿Hay corrientes peligrosas o algo parecido?

—No, pero es hondo. Debajo de la balsa debe de haber seis metros. Yo no podría tocar el fondo.

—Me gustaría ver su habitación —dijo—. Podría indicarnos adónde ha ido, e incluso con quién. ¿Sabría reconocer la ropa que falta?

Ella se rió como disculpándose ligeramente al tiempo que abría la puerta.

—Naturalmente, antes vestía a mi hija, pero ya no. Además, más de la mitad de sus cosas deben de estar en la casa de Hollywood. Aun así, intentaré ayudarle.

Me alegré de abandonar el intenso resplandor de la playa y pasar a la oscura tranquilidad de detrás de las persianas.

—Me he fijado en que no ha cerrado la puerta con llave —dijo—. Es una casa grande con muchos muebles. ¿No hay criados?

—De vez en cuando tengo que agachar la cabeza con los productores, pero no pienso hacerlo con mis empleados. Aunque ahora que las fábricas de aviones van a cerrar, será más fácil llevarse bien con ellos.

Fuimos a la habitación de Una, que era luminosa y espaciosa tanto en lo que respectaba al ambiente como al mobiliario. Sin embargo, se notaba la falta de criados. Las sillas y el suelo estaban llenos de medias, zapatos, ropa interior, vestidos, bañadores y pañuelos de papel manchados de lápiz de labios. La cama estaba sin hacer. La fotografía enmarcada de la mesita de noche se hallaba escondida detrás de dos vasos que olían a whisky con soda y flanqueada por ceniceros rebosantes.

Moví los vasos y miré al joven que lucía unas alas en el pecho. Ingenuo, atractivo, apasionado eran las palabras apropiadas para la nariz fuerte y roma, los labios gruesos y la mandíbula cuadrada, y los ojos orgullosos y muy abiertos. La señora Dreen lo habría devorado gustosamente, y volví a preguntarme si su hija era carnívora. Al menos la fotografía de Jack Rossiter era el único rastro masculino que había en su habitación. Los dos vasos podrían ser perfectamente de noches distintas. O de semanas separadas, a juzgar por el estado de la habitación. No es que no fuera una habitación atractiva. Era como una chica guapa desaliñada. Pero muy desaliñada.

Examinamos la habitación, los armarios, el cuarto de baño, y no encontramos nada importante, ya fuera positivo o negativo. Mientras avanzábamos entre las prendas resplandecientes y desordenadas que Una se había quitado, me volví hacia la señora Dreen.

—Supongo que tendrá que volver a Hollywood. Me sería de ayuda si me acompañara. Me sería de más ayuda si me dijera las personas a las que conocía su hija. O las que le caían bien; supongo que conocía a todo el mundo. Recuerde que usted misma ha insinuado que hay un hombre metido en esto.

—¿He de suponer que no ha encontrado nada?

—De una cosa estoy seguro. No se ha marchado intencionadamente por mucho tiempo. Sus artículos de tocador y sus pastillas todavía están en el cuarto de baño. Tiene toda una colección de pastillas.

—Sí, Una siempre ha sido una hipocondriaca. Además, se ha dejado la foto de Jack. Solo tiene esa porque es la que más le gusta.

—Eso no es tan concluyente —dije—. Supongo que no sabrá si falta un bañador.

—La verdad es que no lo sé, tenía tantos... Le quedaban estupendamente.

—¿Sigue hablando en pasado?

—Supongo que sí, como hipótesis. A menos que usted encuentre pruebas de lo contrario.

—No le gustaba mucho su hija, ¿verdad?

—No. No me gustaba su padre. Y ella era más guapa que yo.

—¿Pero no tan inteligente?

—¿Con tan mala leche, quiere decir? Tenía bastante mala leche. Pero sigo preocupada por Jack. Él la quería, a diferencia de mí.

El teléfono del salón empezó a sonar.

—Millicent Dreen —dijo ella al aparato—. Sí, léamelo. —Una pausa—. «Prepara la fiesta de bienvenida, enfriá el champán, retira las sábanas y saca el camisón de seda negro. Llego mañana.» ¿Es correcto?

A continuación dijo:

—Espere. Quiero mandar una respuesta. Al alférez Jack Rossiter, barco de guerra *Guam*, buque de escolta ciento setenta y tres, Estación Aeronaval, Alameda... ¿Es la dirección correcta del alférez Rossiter? El texto es el siguiente: «Querido Jack, reúnete conmigo en el piso de Hollywood. No hay nadie en la casa de la playa. Millicent». Repítalo, por favor... Exacto. Gracias.

Se volvió y se hundió en el sillón más cercano, sin olvidarse de colocar las piernas simétricamente.

—¿Así que Jack vuelve mañana? —dije—. Antes no tenía pruebas. Ahora sigo sin tener pruebas y tengo mañana como plazo.

Ella se inclinó hacia delante para mirarme.

—Me he estado preguntando hasta qué punto confiar en usted.

—No mucho. Pero no soy un chantajista. Tampoco un adivino, y es un poco difícil jugar al tenis con el hombre invisible.

—El hombre invisible no tiene nada que ver con esto. Lo llamé al ver que Una no volvía a casa. Poco antes de ir a su despacho.

—Está bien —dije—. Usted es la que quiere encontrar a Una. Ya me lo dirá. Mientras tanto, ¿a quién más ha llamado?

—A Hilda Karp, la mejor amiga de Una: su única amiga.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—Está casada con Gray Karp, el agente. Viven en Beverly Hills.

Su casa, situada en lo alto de un césped ondulado, era enorme y modernamente grotesca: una misión española con un toque de paranoia. La habitación donde estuve esperando a la señora Karp era del tamaño de un pequeño granero y estaba llena de muebles azules. El bar tenía una barandilla de latón.

Hilda Karp era una rubia de Dresde atlética e inteligente. Cuando apareció en la habitación, la estancia pareció más real.

—El señor Archer, supongo. —Tenía mi tarjeta en la mano, en la que ponía «Investigador privado».

—Una Sand desapareció ayer. Su madre me ha dicho que usted era su mejor amiga.

—Millicent, la señora Dreen, me ha llamado hoy temprano. Pero, como ya le he dicho a ella, hace días que no veo a Una.

—¿Por qué querría marcharse?

Hilda Karp se sentó en el brazo de un sillón con aspecto pensativo.

—No entiendo por qué se preocupa su madre. Ella sabe cuidar de sí misma, y ya se ha marchado antes. No sé por qué se preocupa esta vez. La conozco lo bastante bien para saber que es impredecible.

—¿Por qué motivos se ha marchado anteriormente?

—¿Por qué se van de casa las chicas, señor Archer?

—Ha elegido un momento curioso para irse de casa. Su marido vuelve mañana.

—Así es. Una me dijo que le había mandado un cable desde Pearl. Es un buen chico.

—¿Una pensaba lo mismo?

Ella me miró fríamente como solo puede mirar una rubia pálida, pero no dijo nada.

—Oiga —dije—. Estoy intentando hacer un trabajo para la señora Dreen. Mi trabajo consiste en enterrar esqueletos, no en enseñarles la coreografía de la *Danza macabra*.

—Bien expresado —dijo ella—. En realidad, no hay ningún esqueleto. Una ha tenido aventuras, de forma totalmente casual, con dos o tres hombres en el último año.

—¿Al mismo tiempo o de uno en uno?

—De uno en uno. Es monógama hasta ese punto. El último fue Terry Neville.

—Creía que estaba casado.

—Solo de boca. Por el amor de Dios, no diga que yo se lo he dicho. Mi marido trabaja en esta ciudad.

—Parece muy próspero —dijo, mirándola a ella más que a la casa—. Muchas gracias, señora Karp. Su nombre no saldrá de mi boca.

—Es horrible, ¿verdad? El nombre, quiero decir. Pero no pude evitar enamorarme de ese hombre. Espero que la encuentre. Jack se sentirá muy decepcionado si no da con ella.

Había empezado a girarme en dirección a la puerta, pero me volví hacia atrás.

—¿No podría ser que se enteró de que venía su marido y, como se sentía indigna de él e incapaz de mirarlo a la cara, decidió largarse?

—Millicent me dijo que no dejó ninguna carta. Las mujeres no montan un drama así sin dejar una carta. O como mínimo un volumen marcado de *Resurrección*, de Tolstoi.

—Le creo. —Sus ojos azules brillaban mucho en el gran salón oscuro—. ¿Qué tal esto? A ella no le gustaba nada Jack y se marchó con el único objetivo de hacérselo saber. ¿Un poco de sadismo, tal vez?

—Pero a ella sí que le gustaba Jack. Solo que ha estado fuera más de un año. Cada vez que el tema salía a colación en una reunión con personas de ambos性os, Una siempre insistía en que él era un amante maravilloso.

—Ah, ¿sí? La señora Dreen me ha dicho que usted era la mejor amiga de Una.

Sus ojos brillaron más y su fina y bonita boca se torció, divertida.

—Desde luego. Debería haberla oído hablar de mí.

—Tal vez la oiga. Gracias. Adiós.

Una llamada de teléfono a un guionista que conocía, un traje por el que había pagado ciento cincuenta dólares del dinero del divorcio en un momento de euforia, y un aire de seguridad falso me permitieron sortear a los vigilantes del estudio y llegar a la puerta del camerino de Terry Neville. Tenía un bungalow para él solo, lo que significaba que era tan importante como aseguraba la publicidad. Yo no sabía qué iba a decirle, pero llamé a la puerta y, cuando alguien dijo «¿Quién es?», se lo enseñé.

Solo un ciego no habría visto a Terry Neville. Medía más de metro ochenta, era pintoresco, bien proporcionado y oloroso como un jardín de flores lejano. Por un momento, siguió leyendo y fumando en su butaca brocada, absteniéndose con cautela de alzar la vista para mirarme. Incluso pasó una página de su libro.

—¿Quién es usted? —dijo al final—. No lo conozco.

—Una Sand...

—Tampoco la conozco a ella.

Los solecismos gramaticales habían sido eliminados de su lenguaje, pero nada había ocupado su lugar. Su voz era impersonal y apagada.

—La hija de Millicent Dreen —dije, siguiéndole la corriente—. Una Rossiter.

—Naturalmente que conozco a Millicent Dreen. Pero usted no ha dicho nada. Buenos días.

—Una desapareció ayer. Creí que estaría dispuesto a ayudarme a averiguar por qué.

—Todavía no ha dicho nada. —Se levantó y dio un paso en dirección a mí, muy alto y ancho—. He dicho «buenos días».

Pero no lo bastante alto y ancho. Siempre he pensado, probablemente de forma equivocada, que puedo ocuparme de un hombre que lleva una bata de seda escarlata. Él vio en mi cara lo que pensaba y cambió de parecer.

—Si no se marcha, amigo, llamaré a un vigilante.

—Mientras tanto, le arreglaré ese peinado. Puede que incluso le busque algún problemilla.

Lo dije dando por sentado que cualquier hombre con su cara y sus oportunidades sexuales estaría buscándose problemas la mayor parte del tiempo.

Surtió efecto.

—¿Qué quiere decir con eso? —dijo. Una repentina palidez hizo que sus cejas morenas cuidadosamente depiladas destacaran marcadamente—. Podría acabar muy escaldado hablando aquí de esa forma.

—¿Qué le ha pasado a Una?

—No lo sé. Largo de aquí.

—Es usted un mentiroso.

Como uno de los jóvenes atractivos de sus películas, me soltó un puñetazo. Yo dejé que el golpe me pasara por encima del hombro y, mientras él estaba desequilibrado, le di en el plexo solar con la parte inferior de la mano y lo empujé al sillón. A continuación cerré la puerta y me dirigí rápidamente al portón principal. Preferiría haber seguido jugando al tenis con el hombre invisible.

—Supongo que no ha habido suerte —dijo la señora Dreen cuando me abrió la puerta de su casa.

—No tengo ninguna pista. Si de veras quiere encontrar a su hija, será mejor que acuda al departamento de personas desaparecidas. Ellos tienen la organización y los contactos adecuados.

—Supongo que Jack acudirá a ellos. Ya está en casa.

—Creía que venía mañana.

—El telegrama era de ayer. Por algún motivo ha llegado con retraso. Su barco llegó ayer por la tarde.

—¿Dónde está ahora?

—Supongo que ahora estará en la casa de la playa. Ha venido de Alameda en un avión de la marina y me ha llamado desde Santa Bárbara.

—¿Qué le ha contado usted?

—¿Qué podía contarle? Que Una ha desaparecido. Está desesperado. Cree que puede haberse ahogado.

Era media tarde, y a pesar del whisky que estaba absorbiendo de forma continuada como una lámpara de alcohol, el fuego de la señora Dreen ardía tenuemente. Sus manos y ojos carecían de fuerza, y tenía voz de cansancio.

—Bueno —dije—, será mejor que vuelva a Santa Bárbara. He hablado con Hilda Karp, pero no ha podido ayudarme. ¿Viene conmigo?

—No. Mañana tengo que ir al estudio. De todas formas, ahora no quiero ver a Jack. Me quedaré aquí.

El sol se estaba poniendo sobre el mar, tiñendo el agua de tono dorado y el cielo de color sangre, cuando pasé por Santa Bárbara y me metí de nuevo en la autopista de la costa. Pensando que no

serviría de nada salvo para justificar mi sueldo, paré en una gasolinera que había a la altura de la carretera donde se desviaba hacia la casa de la playa de la señora Dreen.

—Llénelo —dije a la dependienta.

De todas formas, necesitaba gasolina.

—Tengo unos amigos que viven por aquí —dije cuando la mujer tendió la mano para coger el dinero—. ¿Sabe dónde vive la señora Dreen?

Ella me miró tras sus desaprobatorias gafas.

—Debería saberlo. Hoy ha estado con ella allí abajo, ¿no?

Oculté mi confusión dándole un billete de cinco dólares y diciéndole:

—Quédese el cambio.

—No, gracias.

—No me malinterprete. Lo único que quiero es que me diga quién estaba allí ayer. Usted lo ve todo. Cuénteme un poco.

—¿Quién es usted?

Le enseñé mi tarjeta.

—Ah. —Movió los labios sin querer, calculando la magnitud de la propina—. Había un hombre en un descapotable verde, creo que era un Chrysler. Llegó al mediodía y se marchó a eso de las cuatro como alma que se lleva el diablo.

—Eso es lo que quería oír. Es usted un encanto. ¿Cómo era?

—Moreno y muy guapo. Es difícil de describir. Como el tipo que interpretaba al piloto en la película de la semana pasada, ya sabe, solo que no tan guapo.

—Terry Neville.

—Exacto, pero no tan guapo. Lo he visto ir allí muchas veces.

—No sé quién podría ser —dije—, pero gracias de todas formas.

No iba nadie con él, ¿verdad?

—No que yo viera.

Avancé por la carretera hacia la casa de la playa como alma que se lleva el diablo. El sol, enorme y de un rojo furioso, se hallaba ahora cerca del horizonte, medio eclipsado por el mar y hundiéndose casi de forma perceptible. Esparcía una luz roja por la costa

como un fuego tenue y crepitante. Pasado mucho tiempo, pensé, los acantilados se desmoronarían, el mar se secaría y toda la tierra se quemaría. No quedaría nada salvo cenizas de color blanco hueso con forma de cráteres como la luna.

Cuando rodeé el risco y me situé a la vista de la playa, vi a un hombre que salía del agua. Bajo el fuego crepitante que el sol arrojaba, él también parecía estar ardiendo. Las gafas de buceo le daban un aspecto extraño e inhumano. Salió del agua como si nunca hubiera puesto pie en tierra.

Fui andando hacia él.

—¿Señor Rossiter?

—Sí.

Se levantó las gafas de cristal de la cara y, junto con ellas, desapareció la falsa impresión de extrañeza. Solo era un joven atractivo, bien situado, bronceado y con cara de preocupación.

—Me llamo Archer.

Me tendió la mano, que estaba mojada, después de pasársela por el bañador, que también estaba mojado.

—Ah, sí, el señor Archer. Mi suegra me ha hablado de usted por teléfono.

—¿Está dándose un baño?

—Estoy buscando el cuerpo de mi mujer.

Parecía como si lo dijera en serio. Lo miré más detenidamente. Era corpulento y fornido, pero no era más que un muchacho; como mucho, tendría veintidós o veintitrés años. Recién salido de la escuela y ya volando, pensé. Seguramente había conocido a Una Sand en una fiesta, se había quedado prendado de todo aquel glamour, se había casado con ella la semana antes de embarcarse, y había tenido sueños resplandecientes desde entonces. Me acordé del impetuoso telegrama que había enviado, como si la vida fuera como las personas de los anuncios de las revistas elegantes.

—¿Qué le hace pensar que se ha ahogado?

—Ella no se marcharía así. Sabía que yo iba a volver esta semana. Le mandé un cable desde Pearl.

—A lo mejor no recibió el cable.

Tras una pausa dijo:

—Perdone.

Se volvió en dirección a las olas, que rompían casi a la altura de sus pies. El sol había desaparecido, y el mar se estaba volviendo gris y de aspecto frío, un elemento inhumano.

—Un momento. Si ella está ahí dentro, cosa que dudo, debería llamar a la policía. Esa no es forma de buscarla.

—Si no la encuentro antes de que anochezca, llamaré a la policía —dijo él—. Pero si está ahí, quiero encontrarla yo mismo.

Jamás me habría imaginado el motivo, pero cuando lo descubrí me pareció que tenía sentido. En la medida en que algo de aquella situación podría tener sentido.

Se adentró unos cuantos pasos en las olas, que eran más grandes ahora que la marea estaba creciendo, se zambulló y echó a nadar despacio hacia la balsa con la cara cubierta por las gafas bajo el agua. Sus brazos y piernas marcaban el ritmo de nado como si sus músculos disfrutaran, pero la cabeza permanecía inclinada hacia abajo, registrando el fondo del mar cada vez más oscuro. Nadó en círculos cada vez más grandes alrededor de la balsa, sacando la cabeza unas dos veces por minuto para coger aire.

Había realizado varios círculos enteros, y yo estaba empezando a tener la sensación de que en realidad no estaba buscando nada, sino expresando su pesar, bailando una inútil danza acuática ritual, cuando de repente cogió aire y se zambulló. Durante lo que pareció mucho tiempo pero seguramente fueron unos veinte segundos, en la superficie del mar no se vio nada más que la balsa blanca. Entonces la cabeza con gafas salió del agua, y Rossiter empezó a nadar en dirección a la orilla. Nadaba laboriosamente de costado, con los dos brazos sumergidos. Ahora estaba anocheciendo, y no le veía muy bien, pero veía que nadaba muy despacio. Cuando se aproximó vi un remolino de pelo rubio.

Se levantó, se quitó las gafas y las tiró al mar. Me miró furiosamente, sujetando el cuerpo de su esposa con un brazo contra él. El cuerpo pálido que flotaba a medias en el agua fluctuante estaba desnudo; una extraña y reluciente presa del fondo del mar.

—Lárguese —dijo con voz ahogada.

Fui a buscar una manta al coche y se la llevé al lugar de la playa donde tendió el cuerpo. Se acurrucó encima de ella como si quisiera proteger su cuerpo de mi vista. La tapó y le apartó el pelo de la cara acariciándola. La cara de ella no era bonita. Él también la tapó.

—Ahora tendrá que llamar a la policía —dijo.

Al cabo de un rato contestó:

—Supongo que tiene razón. ¿Me ayudará a llevarla a la casa?

Lo ayudé. Luego llamé a la policía de Santa Bárbara y les dije que una mujer se había ahogado y dónde podían encontrarla. Dejé a Jack Rossiter temblando con su bañador húmedo junto al cuerpo cubierto con la manta y volví a Hollywood por segunda vez.

Millicent Dreen estaba en su casa de Park-Wilshire. Por la tarde había una licorera casi llena de whisky en su aparador. A las diez de la noche estaba en la mesita del café que había junto a su sillón y se encontraba casi vacía. Su cara y su cuerpo se habían hundido. Me preguntaba si cada día envejecía muchos años y cada mañana se reconstruía a fuerza de voluntad.

—Creía que iba a volver a Santa Bárbara —dijo—. Me iba a ir a la cama.

—He ido. ¿No la ha llamado Jack?

—No. —Me miró, y sus ojos verdes de repente se volvieron mucho más vivos, casi fluorescentes—. ¿La ha encontrado? —dijo.

—Jack la ha encontrado en el mar. Se había ahogado.

—Me lo temía.

Pero había en su voz algo parecido al alivio. Como si hubiera podido ser peor. Como si por lo menos no hubiera perdido armamento ni hubiera ganado enemigos en la batalla diaria por mantener posiciones en la ciudad más competitiva del mundo.

—Usted me contrató para que la encontrara —dijo—. Ha aparecido, aunque yo no he tenido nada que ver con su hallazgo... y ya está. A menos que quiera que averigüe quién la ahogó.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que he dicho. A lo mejor no ha sido un accidente. O a lo mejor alguien andaba cerca y dejó que se ahogara.

Anteriormente le había dado suficientes motivos para que se enfadara conmigo, pero por primera vez en ese día se enfadó.

—Le he dado cien dólares por no hacer nada. ¿No le parece bastante? ¿Está intentando hacer más negocio?

—He hecho una cosa. He averiguado que Una no estuvo sola ayer.

—¿Quién estaba con ella?

Se levantó y empezó a caminar rápidamente de un lado a otro por la alfombra. A medida que caminaba, su cuerpo se iba remodelando y adquiriendo las formas de la juventud y el vigor. Se reconstruyó delante de mis ojos.

—El hombre invisible —dijo—. Mi pareja de tenis.

Sin embargo, ella no dijo el nombre. Era como la sacerdotisa de una secta en cuyo idioma estuviera prohibido pronunciar una palabra secreta. Pero dijo rápidamente y con voz áspera:

—Si mi hija ha sido asesinada, quiero saber quién lo ha hecho. Me da igual quién haya sido. Pero si me da una pista y me crea problemas y todo queda en nada, haré que lo echen a patadas del sur de California. Puedo hacerlo.

Le brillaban los ojos, respiraba aceleradamente, y su pecho marcado subía y bajaba con múltiples visos de genuina emoción. En ese momento la encontré muy atractiva. De modo que me fui y, en lugar de crearle problemas a ella, me los creé a mí mismo.

Encontré una cabina en una farmacia de Wilshire y confirmé lo que sabía: que el número de Terry Neville no aparecía en el listín. Llamé a una chica que conocía que suministraba cotilleos a un columnista cinematográfico y averigüé que Neville vivía en Beverly Hills, pero pasaba la mayoría de las noches en la ciudad. A esas horas de la noche, solía estar en Ronald's o Chasen's, y un poco más tarde en Ciro's. Fui a Ronald's porque estaba más cerca y encontré allí a Neville.

Estaba sentado en un reservado para dos en la larga y baja sala llena de humo, comiendo salmón ahumado y bebiendo cerveza negra. Enfrente de él había un hombre con aspecto de terrier y facciones angulosas que parecía su mánager y estaba bebiendo le-

che. Algunos actores de Hollywood pasaban mucho tiempo con sus managers porque tenían intereses comunes.

Evité al camarero y me acerqué a la mesa de Neville. Él me vio y se levantó diciendo:

—Se lo advertí esta tarde. Si no se marcha, llamaré a la policía.

—En cierto modo, yo soy la policía —dijo en voz baja—. Una ha muerto. —Él no contestó, y proseguí—: Este no es un buen sitio para hablar. Si sale conmigo un minuto, me gustaría comentarle un par de cosas.

—Dice que es policía —soltó el hombre de las facciones angulosas, pero lo hizo en voz queda—. ¿Dónde está su placa? No le hagas caso, Terry.

Terry no dijo nada.

—Soy detective privado —dijo—. Estoy investigando la muerte de Una Rossiter. ¿Salimos, caballeros?

—Iremos al coche —dijo Terry Neville monótonamente—. Vamos, Ed —añadió al hombre con aspecto de terrier.

El coche no era un descapotable Chrysler verde, sino una limusina Packard negra dotada de un chófer uniformado. Cuando entramos en el aparcamiento, salió del coche y abrió la puerta. Era corpulento y tenía aspecto maltrecho.

—Prefiero no entrar —dijo—. Escucho mejor estando de pie. Siempre me quedo de pie en los conciertos y las confesiones.

—Usted no va a escuchar nada —dijo Ed.

El aparcamiento estaba desierto y muy apartado de la calle, y me olvidé de vigilar al chófer. Me dio un golpe en la nuca, y una oleada de dolor penetró en mi cabeza. Me dio otro golpe en la nuca, y los ojos me hicieron chiribitas en las cuencas y mi cuerpo se volvió invertebrado. Dos hombres que se movían en un laberinto de luces me agarraron por la parte superior de los brazos y me metieron en el coche. Caí inconsciente en una gran limusina negra con un motor que zumbaba rápidamente y tenía las persianas bajadas.

Pese a dejar el cuello dolorido durante días, el efecto de un golpe en la nuca sobre los centros de la conciencia es breve y repen-

tino. Al cabo de dos o tres minutos recobré el sentido al son de la voz de Ed, que decía:

—No nos gusta hacer daño a la gente y no te vamos a hacer daño. Pero tienes que aprender a entender, comoquiera que te llames...
—Sacher-Masoch —dijo.

—Un chico listo —dijo Ed—. Pero un chico listo se puede pasar de listo. Tienes que aprender a entender que no puedes ir por ahí molestando a la gente, sobre todo a gente importante como el señor Neville.

Terry Neville estaba sentado en el rincón opuesto del asiento negro, con cara de preocupación. El coche estaba en marcha, y veía luces moviéndose detrás de los hombros del chófer encorvado sobre el volante. Las persianas de las ventanillas traseras estaba bajadas.

—El señor Neville no debería meterse en mis casos —dijo—. Y ahora será mejor que me dejen salir del coche o haré que los detengan por secuestro.

Ed se echó a reír, pero no con alegría.

—Me parece que no te das cuenta de lo que te está pasando. Vas camino de la comisaría de policía, donde el señor Neville y yo te vamos a acusar de intento de chantaje.

—El señor Neville es un hombre muy valiente —dijo—, ya que fue visto saliendo de la casa de Una Sand antes de que muriera. Fue visto marchándose con mucha prisa en un descapotable verde.

—Dios mío, Ed —dijo Terry Neville—, me estás metiendo en un lío espantoso. —Hablabía con voz aguda, con un dejo irregular de histeria.

—Por el amor de Dios, no tendrás miedo de este desgraciado, ¿verdad? —dijo Ed con un ladrido de terrier.

—Lárgate de aquí, Ed. Este asunto es terrible, y tú no sabes cómo manejarlo. Tengo que hablar con este hombre. Sal del coche.

Se inclinó hacia delante para coger el tubo acústico, pero Ed le puso una mano en el hombro.

—Como quieras, Terry. Sigo pensando que mi jugada era la correcta, pero tú lo has echado todo a perder.

—¿Adónde vamos? —dijo.

Sospechaba que nos dirigíamos a Beverly Hills, donde la policía sabe quién les paga el sueldo.

Neville dijo por el tubo acústico:

—Métete en una calle lateral y aparca. Luego daremos un paseo por la manzana.

—Eso está mejor —dijo cuando aparcamos.

Terry Neville parecía asustado. Ed parecía malhumorado y preocupado. Yo me sentía confiado sin ningún motivo.

—Suéltelo —dijo a Terry Neville—. ¿Mató a la chica? ¿O Una se ahogó por accidente... y huyó para no verse involucrado? ¿O se le ha ocurrido algo mejor?

—Le diré la verdad —dijo—. Yo no la maté. Ni siquiera sabía que estaba muerta. Pero ayer por la tarde estuve allí. Estábamos tomando el sol en la balsa cuando un avión se acercó volando muy bajo. Me marché porque no quería que me vieran allí con ella...

—¿Quiere decir que no estaban tomando el sol precisamente?

—Sí. Eso es. Al principio el avión se acercó a mucha altura y luego dio la vuelta y descendió mucho. Pensé que a lo mejor me habían reconocido y que estaban intentando hacerme fotos o algo parecido.

—¿Qué clase de avión era?

—No lo sé. Un avión militar, supongo. Un caza. Era un monoplaza pintado de azul. No entiendo de aviones militares.

—¿Qué hizo Una Sand cuando usted se marchó?

—No lo sé. Fui nadando a la orilla, me puse algo de ropa y me fui con el coche. Ella se quedó en la balsa, supongo. Pero con toda seguridad estaba bien cuando la dejé. Sería terrible para mí que me mezclaran en esto. Señor...

—Archer.

—Señor Archer, siento muchísimo que le hayamos hecho daño. Si pudiera compensarle... —Sacó su cartera.

Su continuo lloriqueo anémico me aburría. Incluso su fajo de billetes me aburría. La situación me aburría.

—No tengo ningún interés en arruinar su brillante carrera, señor Neville —dijo—. Me gustaría arruinar su brillante cara algún día,

pero puede esperar. Hasta que tenga algún motivo para creer que no me ha dicho la verdad, no diré palabra de lo que me ha contado. Mientras tanto, quiero oír lo que dice el forense.

Me llevaron de vuelta a Ronald's, donde estaba mi coche, y me dejaron con muchas manifestaciones de camaradería. Les di las buenas noches frotándome la nuca con un gesto exagerado. Se me ocurrieron otros gestos.

Cuando volví a Santa Bárbara el forense estaba examinando a Una. Dijo que en su cuerpo no había marcas de violencia y que tenía muy poca agua en los pulmones y el estómago, pero que ese estado era característico aproximadamente en uno de cada diez ahogados.

Yo no había oído algo así antes, de modo que le pedí que me lo explicara en cristiano. Él lo hizo con gusto.

—La inhalación repentina de agua puede tener como resultado un grave espasmo reflejo de la laringe, seguido rápidamente de asfixia. Es más probable que ese espasmo laríngeo se produzca si la víctima está boca arriba, lo que permite que el agua entre en las fosas nasales, y es probable que se vea favorecido por un shock emocional o nervioso. Puede que haya ocurrido así o puede de que no.

—Mierda —dije—, puede que ni siquiera esté muerta.

Él me lanzó una mirada amarga.

—Hace treinta y seis horas no lo estaba.

Hice el cálculo mientras subía a mi coche. Una no se podía haber ahogado mucho después de las cuatro de la tarde del 7 de septiembre.

A las tres de la madrugada me registré en el hotel Bárbara. Me levanté a las siete, desayuné en un restaurante y fui a la casa de la playa a hablar con Jack Rossiter. Solo eran las ocho de la mañana cuando llegué, pero Rossiter estaba sentado en la playa en una silla de lona contemplando el mar.

—¿Usted otra vez? —dijo cuando me vio.

—Pensaba que se habría hartado del mar por un tiempo. ¿Cuánto ha estado fuera de casa?

—Un año. —Parecía reacio a hablar.

—No me gusta molestar a la gente —dijo—, pero siempre me dedico a dar la lata.

—Evidentemente. ¿A qué se dedica exactamente?

—Actualmente trabajo para su suegra. Todavía estoy intentando averiguar qué le pasó a su hija.

—¿Está intentando pincharme? —Colocó las manos en los brazos de la silla como si fuera a levantarse. Por un momento, sus nudillos se quedaron blancos. A continuación se relajó—. Usted vio lo que pasó, ¿no?

—Sí. Pero ¿le importa si le pregunto a qué hora llegó su barco a San Francisco el siete de septiembre?

—No. A las cuatro. Las cuatro de la tarde.

—Supongo que eso se podrá comprobar.

Él no contestó. Había un periódico en la arena junto a su silla, y se inclinó y me lo entregó. Era la edición nocturna de un periódico de San Francisco del día 7.

—Ábralo por la página cuatro —dijo.

Lo abrí por la página cuatro y encontré un artículo que describía la llegada del barco de guerra *Guam* al Golden Gate a las cuatro de la tarde. Un contingente de voluntarias de la marina había recibido a los héroes que regresaban, y una orquesta había tocado «California, Here I Come».

—Si quiere ver a la señora Dreen, está en la casa —dijo Jack Rositer—. Pero me parece que su trabajo ya ha acabado.

—Gracias —dijo.

—Por si no lo vuelvo a ver, adiós.

—¿Se marcha?

—Dentro de unos minutos un amigo de Santa Bárbara me va a venir a recoger. Me voy a Alameda a ver si me dan el permiso. Solo tenía uno de cuarenta y ocho horas, y tengo que estar aquí mañana para la investigación. Y el funeral.

Hablabía con un tono de voz duro. Toda su personalidad se había endurecido durante la noche. El día antes por la tarde tenía un carácter totalmente abierto. Ahora era cerrado e invulnerable.

—Adiós —dije, y avancé penosamente por la arena hacia la casa. Por el camino se me ocurrió algo y empecé a caminar más deprisa.

Cuando llamé a la puerta, la señora Dreen vino a abrirme sujetando una taza de café con la mano sin demasiada firmeza. Llevaba una bata de lana gruesa con un cinturón de seda alrededor de la cintura y un gorro de seda en la cabeza. Tenía los ojos leñañosos.

—Hola —dijo—. Al final volví anoche. De todas formas, hoy no podía trabajar. Y pensé que Jack no debía estar solo.

—Parece que él está bien.

—Me alegra de que piense eso. ¿Quiere pasar?

Entré.

—Anoche dijo que quería saber quién mató a Una fuera quien fuera.

—¿Y bien?

—Sigue pensándolo?

—Sí. ¿Por qué? ¿Ha descubierto algo?

—No exactamente. Se me ha ocurrido algo, nada más.

—El forense cree que fue un accidente. He hablado con él por teléfono esta mañana. —Bebió un sorbo de su café solo. Su mano vibró con firmeza, como una hoja al viento.

—Puede que tenga razón —dije—. O puede que esté equivocado.

Se oyó el sonido de un coche fuera, y me acerqué a la ventana para mirar. Una ranchera paró en la playa, y un oficial de la marina salió del vehículo y se dirigió hacia Jack Rossiter. Rossiter se levantó y se dieron la mano.

—¿Puede llamar a Jack y decirle que entre en la casa un momento, señora Dreen?

—Si así lo desea... —Se acercó a la puerta y lo llamó.

Rossiter acudió a la puerta y dijo con cierta impaciencia:

—¿Qué pasa?

—Entre —dije—. Y dígame a qué hora abandonó el barco anteayer.

—Veamos. Llegamos a las cuatro...

—No, ustedes no. El barco sí, pero ustedes no. ¿Estoy en lo cierto?

—No sé a lo que se refiere.

—Lo sabe perfectamente. Es tan simple que no engañaría a nadie que supiera algo de portaaviones. Usted despegó con su avión del barco un par de horas antes de que llegara al puerto. Creo que le dio el telegrama a un compañero para que lo mandara por usted antes de que saliera del barco. Vino aquí en avión, pilló a su mujer haciendo el amor con otro hombre, aterrizó en la playa... y la ahogó.

—¡Está loco! —Un instante después, dijo menos violentamente—: Reconozco que despegué del barco. De todas formas, podría averiguar eso fácilmente. Estuve volando un par de horas, haciendo horas de vuelo...

—¿Por dónde voló?

—A lo largo de la costa. No llegué hasta aquí. Aterricé en Alameda a las cinco y media, y puedo demostrarlo.

—¿Quién es su amigo? —Señalé a través de la puerta abierta al otro oficial, que se encontraba en la playa contemplando el mar.

—El teniente Harris. Voy a ir a Alameda en avión con él. Se lo advierto: no haga ninguna acusación absurda delante de él o lo pagaré.

—Quiero hacerle una pregunta —dije—. ¿Qué clase de avión pilotaba?

—Un FM-3.

Salí de la casa y bajé la pendiente en dirección al teniente Harris. Él se volvió hacia mí, y vi las alas de su camisa.

—Buenos días, teniente —dije—. Usted ha volado mucho, supongo.

—Treinta y dos meses. ¿Por qué?

—Quiero resolver una apuesta. ¿Podría un avión aterrizar en esta playa y volver a despegar?

—Tal vez un Piper Cub podría. Al menos yo lo intentaría. ¿Le ayuda eso a resolver la apuesta?

—En realidad, estaba pensando en un caza. Un FM-3.

—Un FM-3 no podría —dijo—. Seguramente no. Posiblemente solo podría aterrizar, pero no volvería a despegar. No hay suficiente espacio, y la superficie es muy pobre. Pregúntele a Jack, él le dirá lo mismo.